

## **Sexto Domingo después de Pentecostés: Propio 9**

**Julio 4, 2021**

RCL Año B

Ezequiel 2:1-5; Salmo 123; San Marcos 6:1-13

**“Y no tenían fe en él”**

Por: El Rev. Padre Fabian Villalobos

En el Evangelio de hoy, Jesús está en Nazaret, su ciudad natal, es el día de reposo (el sábado), Jesús está enseñando en la sinagoga, cuando la gente escuchó sus enseñanzas, y se preguntaron admirados.

“¿Dónde aprendió éste tantas cosas?

¿De dónde ha sacado esa sabiduría y los milagros que hace?

¿No es éste el carpintero, el hijo de María y hermano de

Santiago, José, Judas y Simón?

¿Y no viven sus hermanas también aquí, entre nosotros?”

Los paisanos y las personas que presenciaron el ministerio de Jesús en el principio, después de reconocer que Jesús era uno de ellos lo repudiaron: "Y no tenían fe en él". Pasan de estar asombrados a dudar y negar que fuero real.

Les cuesta aceptar que Jesús es diferente, que los conoce o que tiene más autoridad sobre ellos. Se ofendieron con él y tal vez debamos preguntarnos por qué. No estaba haciendo nada malo o enseñando declaraciones falsas de fe, en realidad es todo lo contrario, estaban asombrados con sus enseñanzas.

¿Por qué no tenían fe en él? debido a sus prejuicios, debido a su falta de fe no pudo hacer allí ningún milagro. El Evangelio nos dice que Jesús no pudo realizar ningún acto de poder allí, excepto que puso sus manos sobre unos pocos enfermos y los curó. Y se asombró de su incredulidad. Jesús no hace milagros por la falta de fe de ellos. La incredulidad les impide recibirlo, cuando lo reconocen, se vuelven ciegos y no pueden ver más. Sus corazones estaban cerca de Jesús, pero no hay amor, solo rechazo y duda.

Cuando tratamos de aplicar este Evangelio a nuestras propias circunstancias, primero debemos preguntarnos: ¿dónde está la propia tierra de Jesús hoy? ¿dónde está la ciudad natal de Jesús hoy? Seguro que Dios está en todas partes y Jesús el Señor Resucitado está en todo el mundo, no podemos contener su

presencia y su amor en una caja o un edificio. El poder de Jesús está entre nosotros dondequiera que vayamos.

Necesitamos profesar también, que la ciudad natal de Jesús es su iglesia, su cuerpo, su pueblo, aquellos que han sido bautizados y redimidos por él en la cruz. Los que cada domingo se reúnen para escuchar sus enseñanzas y celebrar su resurrección.

Si la iglesia es la ciudad natal de Jesús, debemos preocuparnos por lo que sabemos, cuánto escuchamos, cuánto obedecemos a Jesús. Podría ser que cuando reconocemos a Jesús nuestro corazón se cierra porque ya sabemos lo que sigue y no queremos comprometernos. Podría ser, que estamos tan familiarizados con Jesús que no pueda trabajar con nuestra incredulidad.

A diferencia de otros domingos, de otros relatos del Evangelio, Jesús no realiza ningún acto de poder, ningún milagro, sí los paisanos lo reconocen, y saben quién es Jesús pero no lo aceptan por lo que es, no hay milagros por su incredulidad, Jesús es incapaz de sacarlos del cierre de sus mentes y corazones. Dios requiere la fe, la voluntad y el compromiso humanos para trabajar dentro de nosotros.

Dios y Jesús entran solo en los que lo reciben, lo aceptan, lo obedecen y creen. Quizás esta sea una de las razones por las que hay tanta incoherencia en el

mundo cristiano. No todos los que lo llaman Señor, Señor entrarán en el Reino de Dios. Los seres humanos somos libres de recibir o rechazar su amor, muchas veces elegimos como los compatriotas de Jesús.

El hecho de que Jesús fuera ignorado en su ciudad natal muestra que su incredulidad era generalizada, excepto que puso sus manos sobre unos pocos enfermos y los curó, la mayor parte del pueblo eligió el rechazo.

A pesar de esta reacción en su propia ciudad natal, la misión de Jesús continúa, él avanza, y nos muestra que debemos obedecer a Dios antes que a los hombres.

La misión de Jesús necesita continuar también hoy, y nosotros somos sus discípulos, incluso con dificultades, con incredulidad y prejuicio, somos enviados a sanar, restaurar, proclamar su amor y ayudar a otros sobre los espíritus impuros de nuestra sociedad.

La gracia de Dios es más poderosa que la incredulidad de los compatriotas y paisanos de Jesús, su gracia es superior al cierre de los corazones humanos y más poderosa que las cosas que nos ofenden. Su gracia es sin duda mayor de las muchas dudas que nosotros tenemos. Amén.